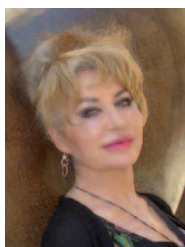
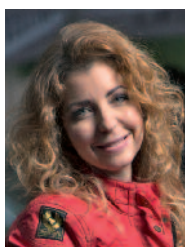


Trampantojo



Aurora Guerra-Tapia
Profesora titular de Dermatología.
Departamento de Medicina.
Facultad de Medicina.
Universidad Complutense
de Madrid.
Jefa de sección de Dermatología.
Hospital Universitario
12 de Octubre. Madrid.
Profesora de Dermatología.
Universidad Internacional
de La Rioja (UNIR).



Elena González-Guerra
Profesora asociada de Dermatología.
Departamento de Medicina.
Facultad de Medicina.
Universidad Complutense
de Madrid.
Médico adjunto.
Servicio de Dermatología.
Hospital Clínico San Carlos. Madrid.
Profesora de Dermatología.
Universidad Internacional
de La Rioja (UNIR).

«Nada nos engaña tanto como nuestro propio juicio».

LEONARDO DA VINCI
(1452-1519).

La mentira en la vida de los hombres es protagonista imprescindible. Mentimos cuando nos acicalamos, nos vestimos con lo que nos favorece, o nos peinamos según el particular óvalo de nuestra cara para resultar más agradables. Mentimos cuando dulcificamos la crítica de un texto horrible para no hacer sufrir demasiado al autor esperanzado. Mentimos en nuestro currículum vital, evitando exponer aquellos resultados menos favorables para el perfil profesional solicitado. Mentimos cuando adornamos un menú pobre, disfrazando unas patatas viudas con alegres guarniciones que emulen la carta de un gran chef. Mentimos cuando decimos «te quiero mucho», aunque queremos poco, solo lo suficiente como para no desear hacer sufrir.

Así pues, todos mentimos alguna vez.

Y que nadie se sienta ofendido por esta afirmación. O mejor dicho, que solo se sientan ofendidos aquellos que, con una formación moral estricta, aprendieron en su infancia que «mentir es decir lo contrario de lo que se siente con intención de engañar». Porque es verdad que el engaño es lo nefasto, lo imperdonable, lo que no tiene justificación: esa intención de corromper una verdad a la que se tiene derecho, no para evitar un daño, sino para causarlo.

Pero hay una forma de mentira loable, con atenuantes, que solo pretende fomentar la ilusión —percepción errónea de la realidad— mediante recursos ingeniosos y sagaces.

Del uso de esa artimaña participan las artes de pleno derecho: la arquitectura cuando crea la sensación de espacios abiertos mediante altos techos o colum-

nas de heterogéneos tamaños; el cine cuando provoca la ficticia entrada del espectador en la acción de la película mediante un enfoque tridimensional; la literatura cuando describe los personajes mediante bellas metáforas imposibles, que nos llevan a soñar hadas de dientes de perlas y cabellos de oro; el teatro cuando muestra un paisaje de cartón y aviva falsas historias, que, aun a sabiendas de su quimera, consiguen emocionarnos.

Pero la expresión artística que con mayor vehemencia miente, porque desea convertirse en realidad, es la pintura. De manera implícita o explícita, cada imagen retratada, cada gesto captado, cada color de la naturaleza emulado es reflejo de un objeto, persona, ambiente o idea que, con toda intensidad, quiere existir. A veces, el límite de la pintura se desdibuja, se pierde y de difumina con el entorno real, de tal manera que es difícil saber dónde termina la fantasía y empieza la verdad. Es una auténtica «trampa para los ojos».

Es un «trampantojo».

Trampantojo es una técnica pictórica que, utilizando la perspectiva, el conjunto arquitectónico, los colores y las sombras, consigue profundidades inexistentes y relieves impalpables, que llegan a confundir a la vista hasta llegar a dudar de lo que percibe.

Cualquier tema es posible para esta práctica: bodegones, naturalezas muertas, frutas o flores que parecen preparadas para ser disfrutadas; objetos pintados sobre muebles —una taza, naipes dispuestos para un juego— que impulsan a usarlos; interiores que simulan puertas por las que cruzar o ventanas a las que asomarse; personajes en el trance de entrar o salir del lienzo, y tantos otros efectos figurados.

El trampantojo tiene una larga historia. Dice la anécdota repetida que Parrasio, uno de los principales pintores de la Grecia Antigua (trabajó alrededor del 400 a. C.), ya consiguió engañar a Zeuxis, su rival artístico, con una pintura que mostraba una cortina con tal realismo que este la intentó descorrer de tan natural que le pareció. No consiguió el mismo artificio Zeuxis, cuyas uvas pinta-

das solo lograron impresionar a los pájaros que las pretendían picotear. Movimientos artísticos sucesivos han mostrado hasta nuestros días múltiples ejemplos de trampantojos que se pueden encontrar en museos y bibliotecas.

En nuestro siglo, sin embargo, es fácil encontrar en la decoración mural de las calles de cualquier ciudad trampantojos que ocupan una pared o un telón que cubre una obra de reconstrucción o limpieza de un monumento (fig. 1). Unas veces, ha sido creado por un artista oficial, y otras veces, por un artista espontáneo callejero, no por ello, en ocasiones, de menor valor. El realismo conseguido, a menudo, es tan intenso que lleva irremediablemente a una concepción equívoca del



Figura 1. Trampantojo en una pared de un edificio de una calle de Lyon (Francia).



Figura 2. Aurora Guerra integrada en el trampantojo de la calle de Lyon (Francia), dispuesta a subir las escaleras ficticias.

espacio en la que es necesario «tocar» para convencerse de que solo es una pared y no una arquitectura compleja la que nos observa (fig. 2).

¿Y qué pinta en todo esto la dermatología?

Mucho. No cabe duda de que la imagen visual es imprescindible en los diagnósticos, de que los colores, las formas, los relieves, la distribución de las lesiones son pinceladas que dibujan el cuadro que define la enfermedad.

Y también es cierto que, a menudo, esas cualidades visuales son trampantojos para el dermatólogo, que se siente engañado por una apariencia confusa. Dermatitis que simulan, que engañan y confunden. Trampantojos que tenemos que desentrañar. Ese es el juego.

Y hay que ganar siempre.